

**DISCURSO PRONUNCIADO POR
EL DR. D.F. MAZA ZAVALA,
PRESIDENTE DE LA
ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS ECONOMICAS
EN EL ACTO DE INSTALACION DE LA
REUNION NACIONAL DE ESCUELAS DE ECONOMIA**

Doy la más cordial bienvenida, en nombre de la Academia Nacional de Ciencias Económicas que presido, a los colegas delegados y participantes en este Encuentro Nacional de las Escuelas de Economía, a los distinguidos invitados especiales y a todos los que nos acompañan en este acto de instalación de las jornadas que hoy iniciamos, en prosecución del objetivo de definir el perfil del economista venezolano que el país requiere en los tiempos de graves dificultades, incertidumbre y turbulencia económica que atravesamos; la definición de ese perfil profesional y científico permite elaborar lo mejor posible los planes y programas de la formación universitaria del economista y la orientación de la docencia y la investigación en nuestras casas de estudio superiores. Con ese propósito fundamental estamos reunidos y trabajaremos estos días, en este recinto que amablemente puso a nuestra disposición el Banco Central de Venezuela, institución que colabora estrechamente con nuestra Academia, y a la que expresamos nuestro agradecimiento en la persona

amiga y brillante de su Presidente el doctor Mauricio García Araujo.

No es la primera vez, por cierto, que se reúnen directores y profesores de las escuelas de economía del país, egresados, y representantes de instituciones afines, con el objeto de comparar y analizar sus experiencias e ideas, sus conocimientos e inquietudes en el campo de la formación del economista. Esta es una permanente preocupación universitaria, académica y gremial, diría mejor nacional, porque al profesional de la economía se le exige cada vez más, tanto en la dimensión microeconómica, de alcance empresarial y sectorial, como en la macroeconómica, en la escala de lo social y global. Se le exige en razón de la necesidad de conocer en profundidad los fenómenos, hechos y tendencias, problemas y desequilibrios que conforman la realidad económica, tan determinante de todos los actos de la vida. Se le exige porque esa realidad es compleja y cambiante, alejada de la normalidad, de la quietud, del paradigma del equilibrio, de los modelos puros de crecimiento y desarrollo. Se le exige porque hay una apreciación pública y privada del conocimiento económico organizado, de la utilidad de ese conocimiento en el esfuerzo de superar los obstáculos y contingencias que frenan la marcha hacia el progreso, el bienestar y la plenitud económica y social. Se le exige porque estamos en una fase de transición, que es una crisis, y muchas incógnitas oscurecen el escenario de la actividad de producción, inversión y consumo, por lo que se reclama no sólo el eficiente manejo del instrumental científico y técnico sino también el dominio conceptual y metodología y más aún, se espera del economista -como de todo profesional de la ciencia social- la aptitud de previsión, el ejercicio de la facultad de descorder las cortinas para mirar el futuro y de planificar, que es como proyectar estructuras y artes de construcción en el tiempo, variable que deseamos limitar y que no podemos fijar como el espacio.

Para ello los economistas tienen que desarrollar la imaginación, distinta de la fantasía, sometida a disciplina, pero con un toque de aventura, de navegación por lo parcialmente desconocido.

Este encuentro es, por tanto, una continuación de otros realizados en diferentes universidades y ciudades de Venezuela, y se facilita por la existencia de estudios, proyectos, informes, evaluaciones y resultados de eventos similares anteriores, y por la labor ininterrumpida -salvo las circunstancias que la afectan ocasionalmente y sistemática- que se lleva a efecto en las escuelas y facultades, en la búsqueda de la excelencia, no por afán especulativo sino por fuerza de la necesidad. La Academia Nacional de Ciencias Económicas no pretende centralizar ni capitalizar exclusivamente este propósito: su satisfacción consiste más bien en poder ser auspiciadora, cooperadora, asociada al esfuerzo de las universidades para estar a la altura de las expectativas nacionales, en la función de desarrollar el potencial humano que contribuye a hacer de la economía una actividad más racional, mejor organizada, más eficiente en razón de los intereses materiales y morales de quienes constituimos la sociedad venezolana.

Hay, por tanto, suficientes razones para este Encuentro. En primer lugar menciono la oportunidad de la vinculación entre instituciones universitarias, académicas y profesionales que tienen como centro de interés la Ciencia Económica. Necesitamos el acercamiento, la comunicación, el intercambio, la simple relación humana y entre quienes cultivamos esta disciplina. La vinculación es cooperación, conjugación de recursos, voluntades, iniciativas, opiniones, experiencias para lograr un objetivo común: formar un mejor economista. En segundo lugar, se sitúa la conveniencia de evaluar académicamente los planes docentes y de investigación de las escuelas de economía para procurar lineamientos genéricos, diseños curricula-

res básicos, elementos comunes indispensables en la formación del economista, sin que por ello se pretenda la uniformación de ésta, ni la construcción de un modelo normativo aplicable rígidamente a todas las escuelas, ya que cada una de ellas debe conservar y desarrollar su singularidad si ésta se aprecia conveniente. En tercer lugar, y no menos importante, el encuentro debe establecer, en lo posible, o abrir camino en este sentido, las bases científicas y docentes para la definición del perfil del economista en la Venezuela de fines del siglo XX, lo que, suponemos y deseamos, emergente con éxito de la crisis, segura de su ruta al desarrollo; para alcanzar esa situación hay que enfrentar las dificultades del presente y del mediano plazo. Un economista de la transición capaz de transformarse en un economista de la superación, es un desafío excepcional de trascendencia histórica que estoy seguro podrá ser aceptado y cumplido por los profesionales y egresados de nuestras escuelas y los que egresarán los próximos tiempos, dotados de la aptitud para renovar los conocimientos, para suplir las fallas de la formación, para interrelacionar los planos de la teoría y la praxis, los del estado de la ciencia y de la conciencia, de la integración de la inteligencia y la sensibilidad. No tan sólo un economista crítico sino un economista creativo, un economista de los buenos y de los malos tiempos.

La formación integral de un economista para este desafío tiene que incorporar, en equilibrio, el dominio de los instrumentos y auxilios metodológicos de la Ciencia Económica --enriquecidos con el aprovechamiento de los adelantos de otras disciplinas del saber--, el rigor conceptual, la aptitud para renovar y profundizar sus conocimientos, la conciencia crítica positiva para interpretar la realidad compleja y dinámica de esta época en el mundo, en América Latina, en Venezuela, y encontrar soluciones a los problemas que se plantean en el ámbito de las unidades económicas elementales y en el de los agregados

más heterogéneos, en el corto, el mediano y el largo plazo. Desde luego, no se persigue, ni es viable enteramente, definir de una vez y para siempre el perfil de nuestro economista en términos de planes de estudio, contenidos programáticos, asignaturas y seminarios obligatorios u optativos, talleres de investigación y otros elementos de su educación superior y especial, sino más bien trazar orientaciones, establecer marcos de referencia y normas esenciales que ayuden a las escuelas a diseñar sus sistemas curriculares. No es lo más deseable un modelo único para todas las escuelas, ni siquiera, en mi opinión personal, un modelo cerrado y estático, carente de flexibilidad; probablemente lo más conveniente pudiera ser un sistema de alternativas u opciones, sobre un fundamento general, ajustable según normas, procedimientos y mecanismos que permitan asimilar los progresos que vayan ocurriendo en el dominio científico de la disciplina que se enseña y la experiencia propia en el funcionamiento del sistema curricular. También es necesario considerar, aunque fuese en forma general e indicativa, la función del postgrado en el desarrollo profesional y científico del economista y la conveniencia de organizar con carácter regular actividades de actualización de conocimientos de los egresados.

Nunca se insiste suficientemente, y no huelga por tanto la insistencia, en la importancia de la investigación en la formación del economista, como en la de todo profesional de la ciencia. No parece adecuado hablar de equilibrio entre docencia e investigación en la educación universitaria; mejor es destacar la interdependencia de ambas vertientes de la formación del estudiante. En este sentido la figura del docente puro o del investigador puro, si bien puede justificarse por la vocación personal y las exigencias concretas del trabajo especializado, no debe ser lo más frecuente: el investigador tiene la oportunidad de discutir sus hallazgos en etapas tempranas de sus pro-

yectos con grupos de estudiantes que le proporcionen la frescura espontánea de sus inquietudes e ingenios y le sirven de valiosos auxiliares en la labor investigativa; el docente que dedica parte de su tiempo y actividad a la investigación puede enriquecer sus motivaciones y estímulos con las dudas razonables que siempre se manifiestan en las aulas si hay, como debe ser, una interacción fecunda entre el profesor y el alumno, y la clase, en vez de magistral a la usanza tradicional, o rutinaria según la práctica menos deseable, se eleva a la categoría de un laboratorio de ideas, de un escenario epistemológico en que la dinámica de la vida encarna la ruta del conocimiento, la excelencia del aprendizaje de la cual el propio docente participa.

Es bueno decirlo con entera claridad: ningún plan de estudio por bien diseñado que este puede cumplir los objetivos para los cuales es formulado sin el concurso del

de los profesores y autoridades de nuestras Escuelas y Facultades de Economía, tanto públicas como privadas, y la de la Academia Nacional de Ciencias Económicas que es una proyección superior de la vida universitaria. Han ocurrido, como sabemos, contingencias en nuestras casas superiores de estudio en los meses recientes, a pesar de las cuales las tareas de preparación de estas jornadas prosiguieron venciendo dificultades. Es ésta una magnífica experiencia de cooperación entre instituciones académicas: nos complace hacer énfasis en que nuestra Corporación interpreta sus atribuciones y obligaciones de carácter legal más allá del incentivo de la norma, porque quienes la constituimos no estamos reclusos en un recinto etéreo, lejos de la realidad del país, sino, por el contrario, nos sentimos inmersos en las corrientes vitales de la nación, angustiados por los sucesos que afectan al orden económico, social y moral del país, deseosos y dispuestos a colaborar para que el futuro esté libre de los problemas que ensombrecen el presente. No es la primera, ni será la única vez, en que las Universidades y la Academia se vinculan en la empresa común de lograr la correspondencia entre la formación profesional, el desarrollo científico y las necesidades del país.

Al declarar instalado el Encuentro Nacional de Escuelas de Economía hacia la definición del perfil del economista, abrigo la esperanza de que en este clima abierto de cooperación, discusión y análisis se establezcan modos eficaces de consulta y cooperación de carácter permanente, así como la celebración periódica de encuentros como éste, para lo cual la Academia ofrece sus auspicios conforme a los objetivos que le dan su razón de ser.